

HOMILÍA

Domingo II de Pascua

Jn 20, 19-31

a. Contexto

¡Felicidades, aleluya, feliz Pascua de Resurrección, compañeros en la fe! En este tiempo pascual conviene recordar que los pasajes bíblicos son obra humana, además de originarse en la iniciativa divina (inspiración).

Por ser de autoría humana, utilizan sus autores recursos e instrumentos adecuados para su composición, con objeto de llegar mejor al sentido último de los textos en cuestión.

Al leerlos interpretativamente hay que determinar el contexto literario, social, histórico, cultural o religioso donde nacieron, antes de aplicarlos a la realidad donde son leídos o celebrados litúrgicamente.

La Comisión Bíblica en 1993 hablaba de las disciplinas sistemáticas a las que se debe acudir como auténticas ciencias (¡no sólo lo son las llamadas 'ciencias positivas'!) Así se logran los mecanismos más aptos para llegar racionalmente a la lectura adecuada de lo que en la Biblia se dice, aparte de la dimensión religiosa o de fe que en ella se contiene.

Dicha lectura contextual desde presupuestos científicos, de un pasaje bíblico es previa y base para la celebración y a la lectura interpretativa desde la fe que debe hacer cada cristiano y cada comunidad de fe.

Dentro del texto que hoy nos atañe, el pase joaneo presenta ante la mirada del creyente el panorama de la experiencia sobre el Resucitado, varia y plural, que, por otra parte, ofrecen los cuatro Evangelios canónicos.

Así, en el caso de Juan, hoy asistimos a la tercera y cuarta de las escenas posresurreccionales (Jn 20,19-23, y Jn 20, 24-29, respectivamente), más la conclusión de Jn 20, 30-31.

Se trata en este último apartado de presentar la selección que hace el primer redactor, puesto que luego se añadirá al libro del evangelio de Juan el capítulo 21.

La centralidad de Jesús en medio de la comunidad primitiva como Resucitado, el mismo que fue crucificado, origina confianza y seguridad en los discípulos, al mostrarles los signos del triunfo sobre la muerte. De ahí que la comunidad esté llamada a ser testigo en el mundo. Ella tiene experiencia del Resucitado, porque es el lugar natural donde Él se ha manifestado en su nueva situación de Hombre Nuevo (cf. Jn 20, 28).

Superada la tentación de Tomás de querer obtener una demostración de la Resurrección al margen de la Iglesia, ésta reconoce al Hombre-Dios en el Jesús 'histórico', para que lo hagan las comunidades de la historia.

b. Texto

Resultan claramente diferenciadas las dos secciones de esta perícopa:

- Jn 20,19-23: Jesús vuelve a sus discípulos y les otorga la fuerza de su Espíritu;

- Jn 20, 24-29: la primera incredulidad de Tomás que se transforma, por la palabra y el gesto de Jesús en modelo de fe, y se realiza sólo y exclusivamente entre los suyos y nada más que ahí.

Vamos por partes: El relato de la aparición de Jesús por la noche se parece a Lc 24, porque la experiencia real y no 'imaginada' del Resucitado de los discípulos encuentra expresión en el relato de tales 'apariciones'.

En ese clima se experimenta la alegría de estar con Cristo, de recibir su Espíritu y de sentirse enviados a la misión de anunciar la buena nueva del Evangelio.

La paz equivale a estar junto a, experimentar la presencia del Resucitado. Superado el miedo inicial, Jesús muestra su costado y heridas, para hacer ver que Él es el mismo que vivió, fue crucificado y murió antes.

Este dato realista, junto con la descripción tan 'atípica' de su aparición muestran en su contraste tal vez la especial experiencia de Cristo Resucitado que vive la Iglesia primera.

Como segunda reflexión de este día nos encontramos con la figura de Tomás y lo que significa para la fe. De entrada, Tomás no se fía de la palabra de los otros discípulos: rechaza creer basándose en el testimonio. Sin embargo, justamente eso es lo primero que tendrá que aprender a hacer. Aunque Jesús muestra sus heridas a Tomás, no se lee en el texto que éste verificara las pruebas, sino que le bastará el reproche de Jesús.

Sólo con sus Palabras le basta para cambiar de actitud. De Tomás nacerá el mayor acto de fe en la historia: la confesión de Jesús como Señor y Dios, texto único donde se explicita tan claramente la Divinidad de Jesús.

Hay otros muchos que la expresan de forma menos explícita. Luego, la riqueza del misterio de Cristo viene manifestada en hipérbole en los versículos 30-31 acerca de la imposibilidad de escribir todo lo referente a Jesús.

De ese misterio vivirán los creyentes de todos los tiempos, participando de la vida eterna (cf. Jn 3, 15s.).

c. Para la vida

¡Ésta es nuestra fe, hermanos! Como la de Tomás, cerrada a veces, ofuscada por la necesidad de 'pruebas' al estilo de la experimentación científica, como nos tiene acostumbrados la Modernidad.

¡Bendita sea la prueba científica, pero para aquellas esferas de la realidad que la exijan, no para otras! Pero es verdad que puede sucedernos como a Tomás.

A nosotros, hombres del siglo XXI, llamados a utilizar la razón, a pasar por la racionalidad en el hacer diario, nuestras relaciones sociales, etc., se nos puede ocurrir creer que 'todo' es comprobable científicamente. En el fondo, identificamos ciencia con razón, como si no fuera razonable (=racional) el amor, la capacidad de perdonar, o la búsqueda de sentido último de las cosas o la confianza, o el testimonio de la confianza... o el riesgo por una causa justa, o el sentido de la amistad, o el saber perdonar, por ejemplo..., o sea, las actitudes humanas, todas y cada una de ellas, tomadas en conjunto.

Haríamos bien los que nos decimos creyentes, si en el campo de la educación ayudáramos a las nuevas generaciones a entender que la fe es un gesto profundamente humano -y, por tanto, 'racional' del todo.

Y ello, sin ninguna demostración científica-, a la vez que se trata de una actitud religiosa, cuasi divina. La tentación de Tomás no debería privarnos de sabernos elegidos por el Señor para anunciar el Evangelio.

Pero esto, 'siendo' hijos de Dios, por el don de su Espíritu. Quiero decir, no por táctica, o por mera afición juvenil, o porque nos guste el 'lío', o porque quizá descubramos que encajamos en el rollo juvenil.

Esos factores son estupendos por supuesto, constituyen la materia con la que contamos en nuestro ser y hacer para sentirnos-ser-transformados por el Espíritu.

Pero el caso es que la fe en Cristo Resucitado implica algo más: implica saber que Cristo nace a una vida nueva en su Humanidad. A mí se me ocurre en esto distinguir entre 'revivir' y Resucitar.

Jesús resucita, su Humanidad nace a una vida glorificada por el Padre que lo resucita (cf. Rom 10). 'Revivir' hubiera supuesto algo parecido a volver a las andadas: dolor, alegría, finitud...

¡Para ese viaje no habrían hecho falta tantas alforjas! ¿Qué me dirías, si te recuerdo que creer en el Resurrección del Señor conlleva igualmente haber experimentado alguna vez algo semejante a renacer a algo?

Se me ocurre sugerirte que, poniéndole nombres a ese 'algo', hasta sería atrayente hablar de resurrección humana y de Resurrección en y con Cristo a la gente actual: ¿y si lo intentamos, hermano, hermana que anuncias el Evangelio...?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antonio.rodriqueroderojas@salesianos.edu